

## DAR LA CARA POR IRLANDA

### Armagh

LOS HISTORIADORES DISCREPAN sobre el origen del conflicto de Irlanda del Norte o el norte de Irlanda<sup>1</sup>. Algunas fuentes lo fechan en 1969, otras en 1921, otras en el siglo XII y otras incluso en la escisión de dos pueblos celtas —los britanos y los gaélicos— en la noche de los tiempos. Su imaginario cartográfico se resquebraja en dos hasta el esperpento: en los bares de Belfast, su capital, está prohibido cantar himnos y se reserva el derecho de admisión a los que vistieren equipajes, gorras y bufandas de clubes británicos de fútbol, convertidos en símbolos políticos, ideológicos, también religiosos [Celtic, católico; Rangers, protestante]. En Belfast hay pubs para protestantes y pubs para católicos —se diferencian porque en la entrada de

<sup>1</sup> En este caso el orden de factores sí que altera el resultado. Conocido como The Troubles [«Los Problemas»], el conflicto enfrenta a nacionalistas-republicanos-católicos-irlandeses, que reclaman la integración política del norte de Irlanda en la República irlandesa, contra unionistas-monárquicos-protestantes-británicos, que defienden la actual pertenencia de Irlanda del Norte al Reino Unido.

los primeros hay una alfombra con la corona británica estampada—. En Belfast hay taxis que viajan exclusivamente a barrios protestantes y otros que lo hacen solo a barrios católicos. En Belfast, las zonas católicas y protestantes están divididas por muros decorados con grafitis de guerra, principal atracción turística de la ciudad, junto al astillero donde se construyó el *Titanic*, el más afamado transatlántico de la historia de los barcos.

Los protestantes frecuentan McDonald's y los católicos, Burger King. «Los protestantes prefieren ketchup y los católicos, mostaza», me cuenta Sarah. «Es broma, pero sería posible aquí», me dice ante mi gesto de incredulidad.

Sarah es una *rara avis* en el contexto del conflicto, una especie autóctona a proteger. Nació en Bangor, la ciudad más grande del condado de Down, cuya población respalda mayoritariamente la anexión del territorio norirlandés a Gran Bretaña. Aunque no reniega de su origen británico, Sarah sueña con una Irlanda en la que ambas partes enfrentadas puedan convivir en paz, lo cual la convierte paradójicamente en un ser conflictivo; en Irlanda del Norte, en el norte de Irlanda, mantenerse ecuánime es una postura minoritaria que no está bien considerada. La poliédrica Sarah —céltica, británica, irlandesa, protestante— vive con sonriente penitencia su identidad camaleónica, su rol de agente social doblemente vilipendiado. Cuando habla inglés en Dublín le reprochan que es demasiado *british*,

cuando lo hace en Bangor, que suena *irish*, acento que ha aprendido a imitar en karaokes con canciones de Ronnie Drew, Sinéad O'Connor y Bob Geldof. Además, estudia gaélico, considerada lengua del «enemigo» por la misma comunidad protestante a la que por linaje pertenece.

Con dos tragos de más, Sarah se prometía que algún día sería presidenta de una Irlanda unificada.

Comparto cuarto con ella en un piso del centro de Dublín, donde llegué hace medio año para perfeccionar mi nivel de inglés pero, sobre todo, para ceñirme a los hechos, refugiándome de los destrozos de una relación sentimental con final catastrófico, previsible por otro lado: la chica tenía novio. Han sido meses de exilio sentimental que ahora concluyen; este será mi último fin de semana de estancia en la isla. En este tiempo, Sarah y yo hemos entablado amistad, conversamos mucho: he hablado más en inglés con ella que con el resto de irlandeses juntos, hemos cerrado todos los pubs —Four Lions, Brusseles, The Fly— para acabar de madrugada en casa de una pareja de israelitas que se inyectaban heroína. Cada tarde, al regresar de su trabajo en una academia de idiomas, Sarah hurtaba para mí el diario *El País* en un centro comercial de O'Connell Street para proveerme de lecturas en español, un gesto que yo interpretaba como de amor. Han sido meses extrañamente felices bajo el cielo siempre encapotado de la deprimida Dublín, ciudad en la que los

suicidas escogen el método de lanzarse al río Liffey desde alguno de sus puentes.

Antes de mi marcha, Sarah quiere enseñarme su pequeño país conflictuado, insiste mucho en que le gustaría que me llevase una imagen positiva de Irlanda del Norte, diferente a la que nos ofrecen los medios. Me ha propuesto que visitemos Armagh, cuyo club local disputará este domingo en la capital irlandesa la final de fútbol gaélico contra el equipo del vecino condado de Tyrone. Por primera vez en la historia, dos equipos norirlandeses coinciden en la final del torneo. A Sarah le excitaba —«*it's exciting*», dijo cuando me lo propuso— la idea de que viésemos el partido en la ciudad de uno de los dos equipos finalistas, acompañando a los hinchas locales. Aunque yo todavía no había conseguido ver un partido de fútbol gaélico sin quedarme dormido —los televisaban los domingos por la mañana, ideal para resacas—, le contesté que me parecía una propuesta cojonuda; «*wonderful*», exclamé.

Para proseguir con el relato habrá que contar brevemente las connotaciones políticas que en Irlanda del Norte conlleva practicar fútbol gaélico, un deporte ancestral con fuerte arraigo entre la población irlandesa: las fuentes más exageradas señalan que se juega en la isla desde hace cinco mil años. A finales del siglo XIX las represivas leyes del Imperio británico contra las tradiciones locales

prohibían su práctica en toda Irlanda. Y todavía hoy es un deporte estigmatizado en el marco del conflicto que enfrenta a ambas comunidades: jugarlo en territorio norirlandés simboliza, desde el bando nacionalista irlandés, un gesto de resistencia ante el invasor. Y desde el bando unionista británico, un sospechoso acto de disidencia.

Acompañar a una chica protestante de Irlanda del Norte a una ciudad mayoritariamente católica del norte de Irlanda para ver en un pub la final del campeonato de fútbol gaélico. *Like a bull in a china shop*<sup>2</sup>.

## II

La carretera que separa Belfast de Armagh nos va señalando el cambio de «territorio ideológico». Las probritánicas banderas —la Union Jack— que ondean en los balcones de las viviendas y en los edificios institucionales en la primera parte del recorrido dejan paso a grafitis pintados en los márgenes de la carretera en los que se puede leer «fuera las tropas británicas» o «libertad para nuestros prisioneros de guerra»; Sarah me los va traduciendo del gaélico al inglés. Nos adentramos en el condado de Armagh, bautizado por la prensa sensacionalista de

<sup>2</sup> *Inglés*. Literalmente: «Como un toro en una tienda de porcelana china». La expresión análoga en castellano sería: «Como un elefante en una cacharrería».



Gran Bretaña como *condado de los bandidos*, un territorio que históricamente ha sido considerado nido y refugio de miembros del IRA<sup>3</sup>, sus bases de apoyo y simpatizantes, lo que lo convirtió en los años ochenta en la región más militarizada de toda Europa occidental. Aunque seguramente la población local prefiera el sobrenombre de la *buerta de Irlanda* por el que es conocido en las guías turísticas debido a su alta producción hortofrutícola, sobre todo de manzanas.

Llegamos a la ciudad de Armagh, capital del condado homónimo, unas horas antes del inicio del encuentro. En realidad, Armagh es un pequeño pueblo norirlandés de catorce mil habitantes que en 1994 recibió el estatus oficial de *city* del Reino Unido, convirtiéndose en la ciudad menos poblada de la isla. A pesar de sus reducidas dimensiones, alberga dos catedrales: una católica y otra protestante. En ambas se rinde culto a san Patricio, patrón irlandés nacido en Inglaterra, que evangelizó a los celtas en el siglo v. En los folletos turísticos se destaca que Armagh es la única ciudad del mundo con dos catedrales dedicadas a un mismo santo; esa obsesión de las ciudades por ser exclusivas en algo, en lo que sea. Sarah me explica que cuando los británicos invadieron Irlanda en el siglo XII,

<sup>3</sup> Ejército Republicano Irlandés. Grupo que, en diferentes épocas y denominaciones, ha ejercido una actividad armada por la unificación política de Irlanda.

la Iglesia anglicana se apropió del culto católico al santo local como escarnio a la población sometida.

En las puertas de la biblioteca Robinson, fundada en 1771, rechazamos la oferta de un vendedor ambulante que nos ofrece por cincuenta libras esterlinas una réplica del manuscrito de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, cuyo original —nos cuenta— se encuentra en los archivos de la biblioteca. Paseamos por su claustro. Suena el teléfono de Sarah, es su madre. No lo coge. Sus padres no saben que estamos aquí, no les haría gracia saber que su hija está en Armagh, en territorio «bandido». Les ha dicho que pasaremos el domingo de apacible excursión en la Calzada del Gigante, al norte de la isla. Me cuenta que hace poco que se ha reconciliado con su padre después de una fuerte discusión de tintes políticos iniciada por el nombre de un perro que les regalaron, al que él quiso llamarlo Lutero, en honor al fundador del protestantismo, y ella, Cara, que significa «amigo» en gaélico. Le confieso que me parece absurdo que un padre y una hija discutan por eso y me lo reconoce. «Pero lo importante es que ya nos hemos reconciliado, es un paso adelante en el camino hacia la paz», me dice, como si la resolución de cualquier asunto, hasta el más nimio, fuese necesaria para encontrar una salida definitiva al conflicto.

—¿Y al final cómo habéis llamado al perro? —le pregunto por curiosidad.

—Dog, lo llamamos Dog. A los dos nos gusta.

Armagh vive en un estado de excitación colectiva las horas previas al encuentro. La euforia bulle en la atmósfera, a pesar de que muchos aficionados han preferido viajar hasta Dublín para ver el partido en directo en el legendario Croke Park Stadium, escenario del considerado primer «domingo sangriento»<sup>4</sup>. Las calles se han llenado de puestos que ofrecen todo tipo de objetos relacionados con el club local, que a esa hora celebra en la alameda principal un acto de homenaje a sus jugadores más veteranos; una veintena de ellos ocupan un escenario ante un público entregado. Ser jugador de fútbol gaélico —deporte *amateur*— es una cuestión de honor en toda Irlanda y de heroicidad en la «zona ocupada» por Gran Bretaña. Sarah me cuenta que el acto ha estado a punto de ser prohibido por las autoridades británicas al sospechar que pudiese encubrir un acto político del IRA; al parecer, algunos de los hoy homenajeados han tenido algún tipo de relación con la lucha armada. A última hora de ayer llegó la autorización, a condición de que no se hicieran alusiones de ningún tipo a The Troubles, ni en los discursos ni en los símbolos. Nos detenemos un momento para escuchar los parlamentos; por lo que entiendo, uno de los exjugadores, octogenario, se regodea con voz trémula en algunos detalles de la final disputada en 1953, que perdieron contra el

<sup>4</sup> En 1920, durante la Guerra de Independencia irlandesa, fuerzas paramilitares británicas asesinaron a catorce personas en el interior del estadio.

Kerry, el equipo más laureado en el palmarés del campeonato. Posteriormente, un grupo de búlgaros ataviados con sus trajes regionales han sido invitados al estrado. Forman parte de una comisión institucional de Razgrad, ciudad del oeste de Bulgaria hermanada con Armagh, que se encuentra de visita durante este fin de semana. Escenifican una danza folclórica bastante sacrificada —volteretas, saltitos, piruetas— ante la indiferencia del público, que prefiere entretenerse con un borrachín que está increpando al helicóptero del ejército británico que sobrevuela el cielo, extrañamente despejado. Uno de los búlgaros toma el micrófono para, en un inglés que suena correcto, dirigir unas palabras de agradecimiento a los asistentes. Se mete en un lío tremendo cuando compara la situación que padece Irlanda con la que sufrieron ellos bajo el yugo del Imperio romano «al que derrotamos en el año 251 en la batalla de Abritus», cuenta impetuoso, como si él también hubiese participado. «Como espero que vosotros derrotéis a los que hoy os invaden», concluye extasiado. Los espectadores se miran entre ellos, se escuchan unas risitas. Nadie aplaude, por cautela. El hombre, quizás sin saberlo, se está saltando la orden de no hacer alusión a The Troubles durante el acto. Varios miembros de la policía británica [the Royal Ulster Constabulary] observan de cerca la escena pero no intervienen, afortunadamente; detener por «enaltecimiento del terrorismo» a un extranjero hermanado provocaría el estallido de un conflicto diplomático.

Poco antes del inicio del encuentro, previsto para las cuatro de la tarde, entramos en un pub que encontramos en uno de los laterales de la alameda. En la puerta se anuncia que podrá seguirse la final en pantalla gigante y con grandes cervezas. Antes de entrar, Sarah me advierte que ni se me ocurra decir que ella es originaria del condado de Down, que podría acarrearlos problemas. Yo, que siempre dudo del grado máximo de imbecilidad que puede alcanzar el ser humano, pienso que exagera, pero lo acataré por si acaso. «*Two beers, please*». El local está atestado de hinchas, que desafinan canciones tradicionales irlandesas en las que parece inevitable no mencionar «la crisis de la patata»<sup>5</sup>. Les acompaña al acordeón un hombre al que le faltan varios dientes. En el fondo del local hay instalada una pantalla grande —aunque no tanto como para considerarla gigante— que emite anuncios de estrellas de fútbol gaélico promocionando ropas deportivas y perfumes masculinos. La bandera tricolor de la República de Irlanda está presente por doquier: en

<sup>5</sup> Conocida también como la *gran hambruna irlandesa*, causada por la escasez de alimentos en la isla a consecuencia de una crisis agrícola entre 1845 y 1849, años en los que la isla perdió un cuarto de su población, entre fallecidos y emigrados. La «crisis de la patata» permanece todavía hoy en el imaginario de los irlandeses, que la asocian con una política de exterminio planificada por autoridades y propietarios británicos de las tierras cultivables de la isla, que en aquella época estaba bajo completo dominio de Gran Bretaña.

los ceniceros, en los mofletes sonrosados infantiles, en las bufandas, en el techo. También el cerdo-hucha de donativos de apoyo a presos del IRA está pintado con los colores de la bandera. Le pregunto a Sarah por el retrato de una monja que adorna una de las paredes del pub, detrás de la barra: es santa Brígida, a la que rinden culto las lesbianas irlandesas<sup>6</sup> y aclamada patrona cervecera de Irlanda que en el siglo V vaticinó en un poema que en el cielo habría un gran lago de cerveza del que podrían beber los más pobres [*sic*]. A un lado de su imagen, los clientes anotan en un pizarrón posibles resultados del partido; sus vaticinios son optimistas en exceso: todos apuestan por que el equipo local ganará la final al Tyrone por más de veinte goles de diferencia.

El enardecimiento colectivo se desata cuando, en los prolegómenos del encuentro, suena por televisión el *Amhrán na bhFiann* [«La canción de un soldado»], el himno nacional irlandés en su original gaélico y estribillo castrense: «Hoy cruzamos el foso mortal / por la causa de Irlanda, / aunque haya dolor o herida; / entre el rugir del cañón y las balas / cantaremos la canción del soldado». Todo el bar lo berrea, también Sarah, que, emocionada, me guiña un ojo cómplice. Quizás, pienso entonces, sea una buena tarde para enrollarnos. Al fin y al cabo, este será el último fin

<sup>6</sup> Según me cuenta, la hagiografía local airea una relación sentimental entre Brígida y su amiga Darlughdach, dos monjas irlandesas de la Edad Media.

de semana que pasaremos juntos. Pudo ocurrir hace unas semanas, cuando compartimos un mugriento colchón en una posada de Galway. Sin embargo, ambos salimos de rupturas sentimentales desastrosas —cicatrizando las heridas—, así que hemos consensuado, sin hablarlo, mantener una relación de estrecha amistad, evitando cualquier roce que pudiera estropearla. O así lo creo yo porque es el relato que me resulta conveniente; no sé qué pensará ella de esto. Algún día me gustaría preguntárselo.

«Todo irlandés lleva un cantante dentro», pienso mientras aquellas voces se desgañitan con furia en «hmnóticos» gritos de guerra. Tarareo sus melodías, por temor a que permanecer en silencio pudiera despertar sospechas por mi presencia en el pub; esa manía de sentirme un infiltrado. Me entretengo imaginándome las imprevisibles consecuencias que acontecerían si alguien comenzase a cantar sin venir a cuento las estrofas del *God Save the Queen*, el himno británico, por el mero goce de joder el momento. Mientras, los parroquianos que comparten mesa con nosotros conversan con Sarah, que exagera el acento *irish* de su inglés, a la vez que emplea expresiones gaélicas y continuos *fuck!*, que pronuncia al modo irlandés, con la *o* abierta (*fock!*). Cuando le preguntan «*where are you from*» contesta «*I live in Dublin*» y me mira severa para invitarme a mantener la boca callada. Es muy comentado por los presentes mi parecido físico con Gerry Adams, líder del nacionalista

Sinn Féin<sup>7</sup>, lo cual contribuye a que seamos aceptados por la clientela. Dejamos que un niño pelirrojo nos pinte una bandera irlandesa en las mejillas, negarse sería contraproducente. Un muchacho me canta el estribillo de *Sarri Sarri* de Kortatu que se ha aprendido de memoria en euskera. Para granjeármelo, le explico que la letra habla de un preso de ETA [Joseba Sarrionandia] que huyó de la cárcel escondido en el interior de un baffle después de un concierto en una prisión llamada Martutene. Me sonrío orgásmico. «Mar-tu-te-ne», repite con acento extraño, no diría que anglosajón. Estamos plenamente integrados en este ambiente festivo, a la par que reivindicativo: que dos equipos de Irlanda del Norte disputen la final de fútbol gaélico en la capital de la República de Irlanda se interpreta en clave política. El partido ha sido declarado de máxima seguridad por las autoridades británicas, también las irlandesas. Hace algunas semanas que una nueva escisión de una antigua escisión de la eterna escisión del IRA ha amenazado con romper el alto el fuego mientras grupos paramilitares probritánicos continúan con sus escaramuzas contra intereses de la comunidad católica. Numerosos agentes de policía transitan las desiertas calles de Armagh; a esta hora todo el mundo está en los pubs.

Y, sin embargo, es un domingo tranquilo, festivo, borracho. Comienza el encuentro.

<sup>7</sup> Partido político que reivindica la unificación irlandesa.

Para desconuelo de su hinchada, el Armagh pierde la final<sup>8</sup>, lo cual le impide revalidar el título conseguido el año pasado, el primero de su historia. Sarah y yo nos hemos mimetizado tanto en aquel ambiente que no podemos disimular la tristeza por la derrota, que se mezcla con la futura nostalgia de saber que estos serán los últimos momentos que pasaremos juntos; puede que la vida nos vuelva a citar más adelante, pero la burbuja de tensión amorosa no resuelta que hemos construido estos meses concluye así, aquí y ahora. Nos vamos a echar de menos. Nos abrazamos, ebrios, algo ridículos. Suena de fondo un disco de The Pogues, banda sonora para celebrar los fracasos, en lo que los irlandeses son expertos (en celebrarlos, digo). La alegre melancolía que transmite esta gente me erotiza la piel. Anochece, toca regresar a Belfast, donde nos separaremos: Sarah se quedará unos días más con su familia en Bangor, yo tengo que regresar a Dublín, de donde pasado mañana saldrá mi avión de vuelta a casa. Antes de coger el autobús, entramos en una hamburguesería para cenar algo. Allí nos encontramos con dos tipos con los que hemos coincidido viendo el partido en el pub. A pesar de la derrota, mantienen cierta animosidad embriagada. Conversan con Sarah de manera distendida mientras yo me distraigo observando las fotografías

<sup>8</sup> Resumen del partido en Internet. Referencia: Armagh *v* Tyrone 2003 All-Ireland SFC Final.

en blanco y negro de presos del IRA —todos con gesto beatífico y sonriente— que decoran la pared central del establecimiento. El diálogo entre ellos transcurre en un tono afable hasta que Sarah, deslenguada por los tragos, se atreve a confesar que es de Down cuando le preguntan «*where are you from*». Se ha confiado de aquellos hombres, con los que, apenas un rato antes, habíamos estado compartiendo penas y alegrías durante el partido. Al escuchar Down, cambian el semblante. Para ellos representa la quintaesencia del bando británico y protestante, «el invasor», según sus códigos; son incapaces de olvidarse por un momento del conflicto. Ni siquiera les sirve que Sarah, tratando de congraciarse con ellos, balbucee nerviosa unas palabras en gaélico ni tampoco que los dos vayamos con la bandera irlandesa pintarrajeada en el rostro. Que ella sea del condado de Down, solo eso, la convierte en su enemiga. Y van en serio, nada de bromas. Uno le retira la palabra de inmediato, aunque más radical resulta la reacción del otro: nos cuenta que su hermano fue asesinado por «fuerzas de exterminio financiadas por el gobierno británico» y nos promete vengarlo. Se levanta la manga izquierda de su camisa para mostrarnos la bandera de Irlanda que tiene tatuada en el antebrazo, en la que el verde representa a la comunidad católica, el naranja a la protestante y el blanco a la paz que, supuestamente, algún día tendrá que llegar entre ambos bandos. Con gesto de ira y simulando un cuchillo con su mano, exclama:

«Sueño con arrancar la franja naranja y haré lo necesario hasta conseguirlo». A Sarah se le derraman unas lágrimas que emborronan la bandera de sus mejillas; curiosamente es la parte anaranjada la que queda más desdibujada. El dueño del local nos invita a abandonarlo sin esperar siquiera a despacharnos las hamburguesas que le habíamos encargado. Me inmiscuyo en la conversación, trato de explicarme como puedo con mi inglés precario para defender a Sarah de la afrenta que está sufriendo. El tipo me mira como a un niño entrometiéndose en discusiones de adultos. «¿Qué pinta un jodido español en todo esto?», grita con voz áspera, como si estuviera masticando cristales. Insisto en que mi amiga se merece un desagravio, hasta que el otro me engancha del cuello con una mano mientras con la otra apretuja mis carrillos; me está jodiendo la bandera. Emito unos sonidos guturales agonizantes, cuya onomatopeya podría sonar ko-ko-kou, con los que trato de mantener la respiración mientras me está estrangulando. Consigo zafarme; por suerte, este desalmado no pretende asfixiarme, solo asustarme. Una señora que aguarda su turno le grita que me suelte —por el tono autoritario con el que se lo ordena bien podría tratarse de una pariente del muchacho—.

Lo hemos entendido: lo más prudente será marcharnos. Y rápido.

En la entrada de la estación de autobuses, dos agentes de policía nos hacen detener el paso para preguntarnos

hacia dónde nos dirigimos con tanta prisa. Sarah cambia su acento *irish* al *british* de manera automática, lo detecto al instante: las *úes* vuelven a sonar *úes*. Exigen que les mostremos nuestros documentos. Varios curiosos se arremolinan para contemplar la escena; a esa hora, la pequeña estación está atestada de pasajeros de dos autobuses procedentes de Londonderry y otro que saldrá en breve rumbo a Belfast. A los policías les descoloca que una chica de Down haya viajado hasta Armagh, acompañada de un extranjero, para ver la final del fútbol gaélico en un *irish pub* (pub a secas para los irlandeses). Nos preguntan por qué estamos tan borrachos, como si el 95% de la población nativa mayor de catorce años no lo estuviese después del partido. Les extraña también que mi pasaporte haya sido tramitado en la embajada española en México; se comportan como sagaces detectives sorprendiéndonos en actividad delictiva. Harto de vejaciones, exclamo un «*don't touch me the bollocks*» que, afortunadamente, tampoco es entendido. «En esta zona, la gente de Down no es bienvenida», nos precave —un poco tarde— uno de los agentes antes de dejarnos marchar. Nos vamos.

En el trayecto de regreso, Sarah, la dulce Sarah, continúa llorando; sus ojos claros se tornan cristalinos. Con un hilito de voz, me susurra que no hubiese querido que me llevara una imagen tan negativa de su país. «Para mí, Irlanda solo eres tú», pienso. La abrazo. La amo. Pienso en besarla, pero no lo hago [catálogo de besos que no

daremos]. Su notorio estado de embriaguez me cohibe, dice que se encuentra mal; los peores pronósticos se confirmaron cuando vomitó nada más llegar a Belfast, donde nos despedimos.

P. D.: Nueve años después nos encontramos de casualidad en la puerta de entrada de la catedral de Santiago. Sarah me presentó a su esposo, un malagueño de gesto torcido. Principios de agosto.